

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

A PROPOSITO DEL "PANORAMA DE LA LITERATURA HISPANO-AMERICANA"

ALEGATO PRO DOMO

CBIERTAMENTE, cuando acepté escribir un Panorama de la Literatura Hispanoamericana esperaba ser vigorosamente atacado, no sólo en América sino también en España. No ignoraba los puntos estratégicos que servirían de base a estos ataques. Algunos límites impuestos por el editor: la obligación de no hablar ni de Méjico ni de las Antillas, porque estos países debían ser objeto de un volumen posterior; las dimensiones de la obra—trescientas páginas—que me constreñían a sacrificar muchos nombres. Las condiciones en las cuales emprendí este trabajo, sin tener a mis órdenes sino mi documentación personal y sin querer aceptar ninguna opinión adquirida; la novedad en fin del tema y su extensión que me obligaban a abarcar toda la América intelectual, a suprimir las fronteras para establecer clasificaciones de orden general, a arrojarme en el caos hirviente de esta literatura en gestación para abrir allí caminos, descubrir directivas, tendencias, caracteres generales. Todo esto y otras cosas aun ofrecían a la crítica un vasto campo de acción y de discusión, que anhelaba, por lo demás, en la esperanza de hallar allí luces nuevas.

¿Confesaré que he sido desilusionado? No por la abundancia ni sobre todo por la violencia de los ataques, que sobrepasa, en efecto, todo lo que creía y se convierte a menudo en personal y en injuriosa.

He sido desilusionado por el carácter estrecho de las críticas, por el punto de vista en que los autores de estas críticas se han colocado y que hacen que en el conjunto ellas no me sir-

van. He escrito, en efecto, un estudio cuyo carácter es la generalidad. Ahora bien, *ninguna* de esas críticas ha considerado este estudio bajo su aspecto general. En cada país no se ha querido ver de este Panorama sino lo que concierne al país mismo, cuando no lo que, más particularmente todavía, se refiere al amor propio del autor del artículo. No se ha estudiado el libro en su conjunto, ni en el espacio ni en el tiempo. ¿Es idea preconcebida? ¿Es mala fe? Algunos entre los que—existen algunos—me defienden, pretenden que se trata de impotencia y que no hay un crítico en América que pueda hablar con competencia de la literatura de los países que no son el suyo. Estaría tentado de creerlo. Pero entonces ¿no tengo derecho a declararme extrañado cuando tal o cual escritor me tacha de ignorancia respecto a un autor de trigésimo sexto orden de su aldea, si él mismo ignora los valores del país vecino?

No repudio—tanto se ha repetido—el reproche de ignorancia. He leído más de dos mil volúmenes, y si entre los nombres que se me reprocha haber olvidado ninguno me es desconocido, lo he dejado de mano porque lo encontraba despreciable en el conjunto de la literatura, lo que no quiere decir que lo sea individualmente. Esto es tan verdadero que he dejado pasar en silencio, o simplemente nombrado al paso, autores a los cuales había consagrado artículos en revistas y diarios de París, y a veces artículos elogiosos. Pero limitado por la extensión de mi libro y porque no quería hacer de él un catálogo ilegible, he debido suprimir sin piedad autores no desprovistos de cualidades, pero que no me parecían señalar una tendencia nueva, mientras he conservado otros menos notorios, pero que representan, con un talento menor, una dirección nueva.

Y esto, que no se ha querido entender, tanto como no se ha querido comprender que un Panorama no se juzga sino en su conjunto y que cortarlo en fragmentos es falsearlo, esto, digo, es causa de que algunos reproches que se me han dirigido me parezcan absurdos. Un escritor, por ejemplo, dice: «He escrito seis volúmenes, y Ud. no habla sino de uno». ¡Ah, señor! Si no hablo sino de uno es porque ese me parece suficiente para definir lo que Ud. aporta de característico a la literatura de su país. Y quiera notar que si hablara de todos los libros de todos los autores citados no habría terminado aún.

Otro me reprocha haber dicho que un poeta chileno no aportaba ninguna novedad. Y blasfema, me condena a las gemonías, me cubre de injurias, porque—dice (y cita en su apoyo un poema trivial)—este poeta «simplemente llevó la poesía a

Chile». No he dicho nunca lo contrario; he dicho «ninguna novedad» y subentendiendo: a la poesía hispanoamericana. Pensaba yo que el propio título de mi libro me dispensaba de perder una línea para repetirlo. Otro, uruguayo, pero que no tiene el buen gusto de firmar su artículo, me trata de «imbécil» *nada menos* (1), porque he dicho que Delmira Agustini «no había llegado a la maestría de su arte cuando murió». ¡Ahora bien: murió a los veinticuatro años! O este señor ignora el sentido de la palabra maestría o no sabe lo que quiere decir imbecil.

Debo decir también que algunos escritores entre los cuales me permitiré citar a Juan B. Terán, O'Leary, Max Grillo, han procedido de una manera que me conmueve mucho más. Habiendo hablado de mi libro sin acritud, y aun con una indulgencia acaso excesiva, han indicado, en nota o en post-scriptum, una media docena de nombres omitidos y que, según ellos, se habría ganado con citar, aunque su ausencia no falsea el conjunto del cuadro. A mí toca revisar mi juicio sobre esos nombres y darles el sitio que merecen, en una edición ulterior. Estos críticos, llenos de cortesía, han comprendido cuál había sido la dificultad de mi tarea y que era mejor ayudarme que confundirme. Les estoy profundamente reconocido. O'Leary va más lejos, y en un bello y noble artículo se dirige a los escritores de su país para invitarlos a enviarme sus obras y, si quieren ser conocidos, a darse a conocer.

¿No es ese el sentido mismo de mi Panorama? ¿Quién ha podido creer que yo pretendía sobre un tema tan vasto, tan inestable, haber hecho una obra perfecta y definitiva? He hecho un ensayo que nadie antes había osado intentar, un ensayo de síntesis y no de análisis, pero un ensayo nada más. Es un grito lanzado hacia América y que quiere decir: hay a este lado del Océano alguien que hace lo que puede para daros a conocer en Europa, para conferiros en el cuadro de la literatura universal el sitio al cual tenéis derecho; lo hace con amor y con entusiasmo—y esto nadie que haya leído mi libro podrá negarlo—, pero lo hace con sus solos medios. ¡Ayudadlo pues! Y poned por encima de vuestras vanidades personales o nacionales los sentimientos que tengáis para servir la causa de la literatura americana.

Gracias a este libro, por imperfecto que sea, no hay un crítico, un editor en Francia que no conozca la existencia de vuestra literatura y que no anhele conocerla más todavía. Con

(1) En español en el original.

esto he alcanzado mi propósito que era despertar respecto de la literatura americana la curiosidad de los letrados europeos.

Por lo demás, lo que me confirma en mi idea del alcance de las críticas que me han sido dirigidas es que las más violentas, cuando se trata de precisar, no formulan sino reproches del todo insignificantes. Unas veces es un error de pluma, como el que se me ha querido señalar veinte veces y que me ha hecho decir que el peruano Belaúnde, a quien conozco personalmente, era colombiano. Otras veces se intenta la lista de los nombres olvidados y sobre diez que se citan, hay siete u ocho que figuran efectivamente en el Panorama. ¿Se ha leído mal? ¿Es mala fe? No lo sé. Pero es demasiado frecuente que los reproches expresados no sean en realidad exactos materialmente.

En España es otra cosa. Las críticas no se refieren al libro mismo pero me amenazan con un auto de fe por haber osado escribir que la influencia francesa ha sido preponderante en América en el siglo XIX. Es verdad que yo he dicho esto, y me parece difícil que se discuta. Pero también he dicho en la página 44:

Los clásicos españoles—pues si no hablamos de la acción de España es porque ella es natural y natal—, los clásicos y los modernos franceses han sido para la América del Sur lo que los griegos y los latinos para nosotros: *la fuente de su cultura y la armazón de su espíritu.*

¿Puedese, entonces, reprocharme haber reducido a la nada la acción de España? He comprobado muchas veces lamentando que esta acción se reduzca a ser pasiva, a mantenerse en los límites de la herencia, pero cada vez que hablo de la influencia francesa, he tratado de apuntalar mi opinión en una cita. Hay allí una cuestión de hecho. ¿Y cómo explicar sin esto que un Zola haya tenido en América tantos discípulos y que un Blasco Ibáñez, que es netamente superior, no tenga ninguno? He dicho también, y de esto se me ha hecho un crimen, que la lengua se había transformado, que el español que se escribe en América difiere del castellano, que es más liviano, más directo, y que contiene vocablos nuevos.

Galicismo mental, renovación de la sintaxis, enriquecimiento verbal son los tres términos de esta evolución.

Pero he agregado—y a esto mis adversarios se guardan de hacer alusión—: 1.º No renuncian a ningunas de las bellezas del español... (Pág. 54); 2.º Esta innovación no es sino una vuelta por caminos nuevos al verdadero carácter de la lengua española. (Pág. 54); 3.º Como ha dicho don Alberto Zérega-Fombona, la transformación de una lengua es ante todo una

cuestión psicológica, y la necesidad sentida en América de crear una lengua nueva testimonia la formación de un alma propiamente americana. (Pág. 55.)

¿Qué queda entonces de las críticas que se me han dirigido con una pasión violenta que a veces sobrepasa el marco de la crítica? Queda esto: que hay en París una docena de escritores que desde quince años consagran una gran parte de nuestra actividad a hacer conocer en Europa los escritores y la literatura de América y que nos hace falta una gran fuerza de ánimo para persistir, pues cada vez que hacemos un esfuerzo público podemos estar seguros de que seremos pagados sea con una indiferencia despreciativa, sea lo más corrientemente por injurias.

Sin duda no esperamos nosotros otro salario, pero ¿no se podría preguntar en qué se convertiría la irradiación espiritual de América en Europa si, un día, descorazonados, diéramos oídos a quienes ya nos aconsejan que callemos? Este pensamiento debe dar a quienes se incomodan cuando no se habla de ellos, y que se incomodan más cuando se habla, un poco de indulgencia, de justicia y de medida.—M A X . D A I R E A U X.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

MAS SOBRE EL "PANORAMA" DE DAIREAUX

MUY caros les ha salido el *Panorama de la Literatura Hispanoamericana* a los escritores de este continente. M. Daireaux su autor, que comenta en el artículo que se ha leído anteriormente, las críticas a su libro, los acusa de ingratos y de descorteses. ¿Es posible hablar de descortesía ante una crítica literaria? Yo no sé cuáles sean los dicterios que en otras partes se han lanzado contra M. Daireaux; veo que alguien lo ha llamado imbécil. Es demasiado. En Chile no se ha llegado a tanto, y si el autor del *Panorama* se hace un examen de conciencia, podrá comprobar que la crítica que en Chile se hizo de su obra es cortés, caballeresca, casi tímida.

Pero fuera de estas alegaciones de índole más personal que literaria, el artículo de M. Diareaux contiene algunas ideas propiamente literarias. Reduzcámonos a ellas, como es lógico.

Dice M. Daireaux que ninguna de las críticas dirigidas a su obra ha sido general como lo es, en cambio, su *Panorama*. Enteramente de acuerdo. Es natural que cada crítico haya leído con mayor detenimiento la parte que en ese libro correspondía a su país y que fuese esa la que le hiciera prorrumpir en críticas o